

# JESÚS ORTEGA

Jesús Gutiérrez Pérez

**E**n realidad todos le llamábamos "Botitas". Era un chaval espigado, delgado, amigo de todos, que se hacía querer. El mote le venía de unas botas ortopédicas que llevaba siempre con unas chapas a lo largo de los muslos.

Coincidió con él tanto en la clase de la señorita Gloria como en la de don Pedro. Hablo de las Escuelas Viteri de Rentería.

Cuando andábamos con don Pedro hubo un asunto oscuro (yo al menos no llegué a enterarme bien) de "tortura". Al parecer unos alumnos retorcidos ataban a otros a una puerta en los subterráneos de la escuela y encendían recortes de celuloide de películas para infligirles "tortura". Jesús Ortega fue uno de los sufrientes y creo que fue el que denunció el caso. Sólo recuerdo a uno de los "torturadores". Pero no quiero citar su nombre. Vino a la escuela el jefe de la policía municipal y los "torturadores" confesaron que habían aprendido eso en las películas, cosa que seguramente no era verdad pero era exactamente lo que quería oír el maestro, con lo cual quedó el asunto zanjado.

Pero por lo que le recuerdo a Jesús especialmente con cariño, respeto y admiración no fue por eso sino por un asunto con la señorita Gloria.

Tenía esta maestra por costumbre pasar la lista todos los días. Por cierto que todavía recuerdo cómo empezaba, citando primero a los que estaban junto a la puerta que eran los que más sabían y los mayores en edad: Manuel Jiménez, Joaquín Fernández, (recientemente fallecido), Manuel Aldaraborda...

Y teníamos que contestar:

–¡Viva Jesús!

En otros sitios se contestaría "¡Presente!", me figuro, como en la mili se contestaba con el segundo apellido, pero con la señorita Gloria y con don Pedro y, como vi más adelante, en las reuniones de la Adoración Nocturna, se contestaba: "¡Viva Jesús!"

Es el caso que un día cuando llegó la señorita Gloria a su nombre pasando lista y citó: –¡Jesús Ortega! el amigo "Botitas" se levantó (era lo que había que hacer) y contestó lo que por otra parte era lógico:

–¡Viva yo!

Y digo que era lógico porque él era Jesús.

La señorita, que no era amiga de bromas, fue hasta el pupitre de "Botitas" y le midió las costillas con la vara.

Volvió a su sitio y repitió:

–¡Jesús Ortega!

Y Jesús Ortega no se apeó del burro y volvió a contestar:

–¡Viva yo!

Nos quedamos estupefactos. Tal señal de rebeldía no la habíamos conocido en nuestros pocos años y nos quedamos expectantes.

La maestra volvió al sitio de Jesús y le pegó con el palo más fuerte y durante más tiempo, y retrocedió a su mesa.

–¡Jesús Ortega!

–¡Viva yo!

Y paliza.

–¡Jesús Ortega!

–¡Viva yo!

Y más paliza.

–¡Jesús Ortega!

Y Jesús llorando (¡pero qué aguante!):

–¡Vi... va... yo!...



Al fin tuvo que decir “¡Viva Jesús!”, está claro. Pero lo que aguantó aquel muchacho es como para ponerlo dentro de un marco dorado y colgarlo en la pared.

Hay que pensar que sería de mi edad, y que tendríamos ocho o nueve años, ya que después de la señorita Gloria pasamos a don Pedro, donde estuve tres o cuatro y yo dejé don Pedro con doce para iniciar la carrera eclesiástica, que abandoné en su mitad, por lo que tendría la edad que he dicho.

Yo particularmente temblaba mientras le pegaba la maestra y es que yo también había estado tentado muchas veces de contestar a –¡Jesús Gutiérrez! con un –¡Viva yo!

También a mí me tocaban palizas pero las recibía por otros motivos. Por ejemplo, una vez escondí un grillo en una ventana detrás de un armario biblioteca esperando a que cantase para reírnos. Lógicamente, el grillo no me iba a delatar. Pero cuando empezó a cantar, todos mis condiscípulos volvieron la cabeza hacía mí, como diciendo: “¡qué buena idea has tenido!” con lo que la maestra no tuvo que preguntar nada. Ni al grillo ni a nadie.

Cuando llegué a casa no podía sentarme del dolor.

Luego por motivo del traslado a Galicia de su padre se fueron allí a vivir y lo perdí lógicamente de vista. Supe que su padre falleció en accidente y su madre volvió a Rentería con los hijos. Su madre era hermana de un profesor que había tenido yo en el Seminario de Vitoria, don Plácido, que nos enseñaba apologética, con un texto propio escrito “pro manuscrito” que parece que quería decir que era revisable, y que cuando le preguntábamos si le había costado mucho escribirlo decía que había sido una obra de romanos. Quizá tenga todavía el texto por ahí. En nuestro tiempo sacó la plaza de canónigo en la catedral de Vitoria.

Por todo ello y otras cosas mi madre tenía relación con la madre de Jesús que, a su vuelta, le explicó dónde vivían en Rentería.

Fui a visitarle. Estaba sentado a la mesa, atezado por la parálisis. Se levantó haciendo un esfuerzo y nos abrazamos. Tendría unos 20 años. Estaba muy delgado, casi demacrado. De eso hará 55 años.

No nos volvimos a ver. Falleció de allí a poco.  
D. E. P.

